



arauco

editorial

Nuestra Lucha

Abocados al proceso de elegir el futuro Presidente se hace necesario aclarar algunos aspectos involucrados en la contienda electoral como táctica de lucha.

El Frente de Acción Popular por sobre cualquiera otra consideración es la vanguardia del gran movimiento nacional y popular que representa Salvador Allende, y consecuente con este carácter ha de ser inflexible en su papel de velar por que el movimiento de la campaña mantenga ciertas características y no diluya su fisonomía en aras de intereses inmediatistas que no pasan de ser transitorios. Al movernos dentro de la estrategia electoral corremos el peligro de confundir el realismo político con un pragmatismo intrascendente al que, por inercia, suelen empujar las contiendas de esta índole.

Nuestra lucha es cualitativamente diferente a otros eventos semejantes, ya que a través de sus reglas se está jugando el destino histórico del país. No se trata tan sólo de cambiar un partido por otro, o una coalición por otra. Es la superación misma del sistema socio-político la que está en juego. Es una revolución nacional y democrática, en su profundo significado, la que el FRAP pretende encauzar a través de las elecciones presidenciales. Hasta donde es posible sólo los hechos nos lo dirán.

En todo caso el FRAP, como vanguardia consciente, ha de saber cómo enfrentar los múltiples obstáculos que nos cerrarán el paso hasta el Poder, y que no son difíciles de prever. De ahí que sea un imperativo de la hora plantear con claridad los aspectos involucrados en la táctica electoral que puedan desviarnos de nuestro objetivo.

En este orden de cosas, si por una parte las elecciones constituyen el método de lucha más adecuado a las condiciones socio-políticas del momento, por la otra ello no quiere decir que deban aceptarse todas sus prácticas. Desde luego, habrá que comenzar por rechazar, como el peor de todos los enemigos internos, aquellos hábitos de jugadores al alza que caracterizan lo que llamaremos psicología electoral. Nadie está libre de este peligro, ni siquiera el organismo más hermético, mientras no se sepa forjar una actitud que marque un estilo de lucha en que no cuente sólo la balanza del ganar o perder sin proyecciones,

VISITACION DE BIBLIOTECAS
E IMPRENTAS

✱ 24. DIC. 1963 ✱

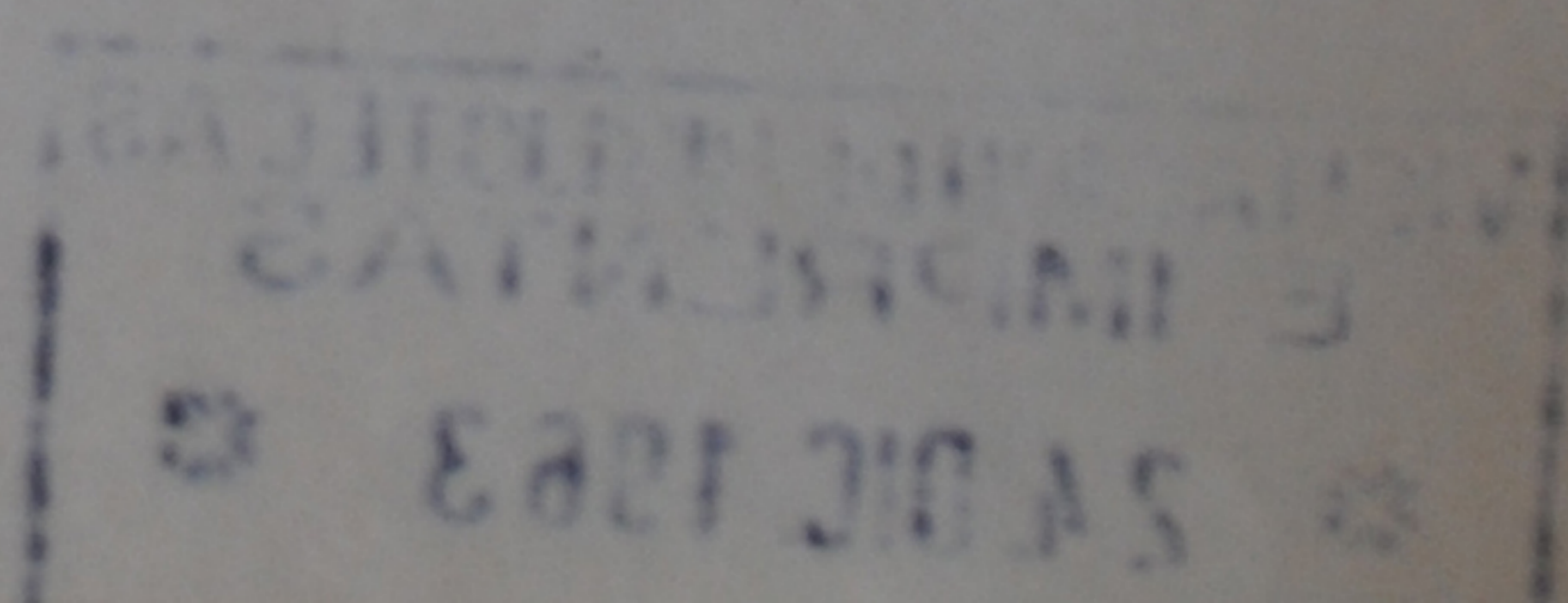
sino que se exprese en una psicología de auténtico combatiente, capaz de sobrepasar todos los tropiezos y de conjugar todos los recursos con la mística que otorga la convicción de que no se abrirá un paréntesis de espera en la consecución del objetivo final. Necesitamos anchura y valor para recorrer la historia y cumplir nuestro deber con ella, no callejones ciegos por mucho que éstos nos salven de ser atropellados por quienes ya son muertos vivos.

No podemos aceptar que con el pretexto de acarrear más aguas para nuestro molino, tengamos una política vacilante que termine por hacernos perder nuestra propia fisonomía, sin ganancias concretas de ninguna especie.

Afirmémosnos en una postura nacional y revolucionaria capaz de dar a las masas su verdadero papel de sujeto principal en el acontecer político. Seamos tajantes en nuestras posiciones anti-imperialistas y anti-oligárquicas, sin eufemismos ni rodeos, como cuando empleamos expresiones tales como "dependrá de las condiciones", "podría ser", "no hemos pensado en ésto, no somos aquéllo". En la medida en que nuestro lenguaje sea directo y claro para expresar nuestras actitudes contribuiremos a la polarización de las fuerzas sociales. En la misma medida en que aparezcamos vistiéndonos de seda estaremos dando carta de presentación para que la democracia-cristiana se transforme en auténtica alternativa. Por otra parte, la masificación de nuestro movimiento, su apertura hacia nuevas fuerzas, su transformación en un movimiento verdaderamente nacional, es sólo la consecuencia de que el FRAP mantenga su propia fisonomía consecuentemente anti-imperialista y anti-oligárquico. En esto no podemos apaciguar sino con riesgo de quebrarnos. Es falsa la antinomia entre amplitud y definición. Por el contrario, es en nuestra capacidad de definirnos con absoluta claridad en todos los frentes y en nuestra capacidad para ajustar nuestro proceder concreto con nuestro pensamiento, donde descansa el hecho de que seamos la alternativa al régimen actual. Todos aquellos que sufren las injusticias y las postergaciones, en una palabra las contradicciones del régimen vigente han de ubicarse con quienes ofrezcan con mayor claridad y coherencia el camino hacia los cambios.

Cuando nos planteamos el objetivo de allegar a las fuerzas independientes para dar a nuestro movimiento el carácter de amplio, de suprapartidario como se dijo en la Declaración de Maipo, estamos verbalizando el hecho de que un movimiento que propugne los auténticos cambios es por naturaleza la expresión de todos aquellos que objetivamente los requieren. De ahí que a los independientes no podamos considerarlos en abstracto, sino como elementos sociales dispersos que habiendo tomado conciencia de la necesidad de cambios, ya sea como subproducto de la educación política de los partidos populares, o como reflejo directo de la polarización resultante de las contradicciones del sistema, han llegado a ubicarse junto a los grandes lineamientos planteados por los partidos populares en esta primera fase del proceso de cambios básicos aunque no han alcanzado todavía el nivel de politización que les permita contraer compromisos más estables y orgánicos.

¿Quiénes son estos independientes? Profesionales, técnicos, empleados, pequeños y medianos industriales y agricultores, oficiales y suboficiales en retiro, es decir, sectores de clase media que viven intensamente las limitaciones estructurales del régimen actual y que, por lo tanto, han reconocido filas en el movimiento popular. ¡Bienvenidos sean en nuestras filas! Pero, desde el punto de vista ideológico, no podemos limitarnos a analizar la incorporación de estos elementos independientes sólo en cuanto representan un mayor caudal electoral para el movimiento del FRAP. En esta primera fase inicial podría bastar, pero no si pensamos que el proceso que hoy iniciamos es irreversible y debe proseguir hasta su consolidación. Desde este punto de vista el independiente no es tal, pues como participante de una clase se mueve determinado por intereses socioeconómicos e ideológicos concretos, sin la disciplina que da la militancia partidaria, y reconociendo compromisos formales y afectivos de la más variada índole los que pueden distanciarlo del movimiento popular en la medida en que éste no satisfaga sus aspiraciones más particulares. El conglomerado de



independientes son fuerzas actuantes y responsables de enorme importancia para la etapa crítica de la conquista del poder. Sin embargo, la categoría de tales abarca una vasta gama de posiciones socio-económicas e ideológicas, incluso contradictorias entre sí, que frente a las exigencias planteadas por la acción concreta, tanto de la campaña como del futuro Gobierno, producirá una polarización interna, que plantea a los partidos populares la necesidad de una gran tarea de politización y organización.

Cuando afirmamos que nuestra campaña debe reconocer en las masas al sujeto principal del acontecer político y que el movimiento popular es un movimiento supra-partidario queremos significar, primero, que los partidos políticos ideológicamente orientados deben transformarse en la vanguardia de un movimiento en el que la masa sea actor, y no tratar de camuflarnos para matar fantasmas, y segundo, que una concepción correcta de la campaña tiene que proyectarse más allá de ver en el pueblo, en los trabajadores y pobladores organizados especialmente, un simple conglomerado electoral cuyo destino final sea limitarse a expresar una opinión a través del voto.

Cuando decimos que el pueblo se hace actor queremos decir que se incorpora a una lucha que no reconoce fechas ni plazos, y que lo hace forjando sus propios instrumentos de poder en sus propios frentes de lucha.

Por eso rechazamos como deformante la sustitución que pueda hacerse de la acción desde abajo, en el frente del sindicato y de la población, por una ofensiva ilustrada que, en un comprensible pero mal entendido afán de amplitud, no ha podido todavía calibrar su puntería en términos de fuerzas sociales principales y secundarias de acuerdo a la dinámica del proceso. Ello de no remediarse pronto terminará por arrastrarnos a una suerte de competencia propagandística con los detentadores del poder interno y de la millonaria caridad internacional, frente de lucha históricamente inaceptable para el movimiento popular. No competimos porque ya somos Gobierno por ser los portavoces de las grandes mayorías nacionales, hasta hoy marginadas y mudas. No practicamos la asistencia ni la caridad jesuítica, sino que dignificamos al pueblo educándolo políticamente y organizándolo para que se gobierne a sí mismo.

El gran sentido de nuestra empresa es una reivindicación de clase, de todas aquellas hoy miserables, oprimidas o frustradas. La aceptación indiscriminada de todas las reglas del juego puede desviarnos de este objetivo para terminar en un equilibrio que puede ser muy cuerdo, pero que no tendrá otra salida que la autocrítica. Habremos ganado experiencia, pero habremos perdido ante el pueblo.

Es preciso que irrumpamos hacia adelante negando, rompiendo, superando. Nuestro mejor lenguaje será la acción porque es el único que entiende el pueblo. A través de ella podremos movilizar a las grandes masas de desposeídos, ya que las contradicciones se viven y no se leen. Trabajemos en el sindicato y en el comité de pobladores, en el municipio cuando sea posible, en los organismos técnicos y profesionales donde existan, incorporemos al empresario o al agricultor agobiados económicamente, a la mujer obrera, empleada, profesional o dueña de casa, movilizemos contingentes de activistas, nuestra mejor arma, todos en función de una puesta en marcha, de una acción masiva multifrontal, desde abajo, donde no nos enredemos en conciliábulos o en cábalas, ni con tecnicismos por rebeldes que sean, ni con análisis mesiánicos que jibarizen la lucha en un mero juego de conceptos, ni nos sintamos presos de una opinión pública como dictador omnipotente de todas las tácticas, estilos, actitudes y tonos apropiados. Todo ello son menudencias para nuestra tarea de remodelación profunda. Inauguremos en cambio una lucha orgánica en los frentes de masa capaz de alternar los medios de acción, con confianza en ellas y con voluntad de vencer. Lucha en que el triunfo sea el poder real y efectivo, y no una simple sustitución de personas.

Z.